

Revista de Estudios Taurinos  
Nº 5, Sevilla, 1997, págs. 215-220.

González, Antoni: *Bous, toros i braus. Una tauromàquia catalana*, Tarragona, El Mèdol, 1996, 262 pàgs.

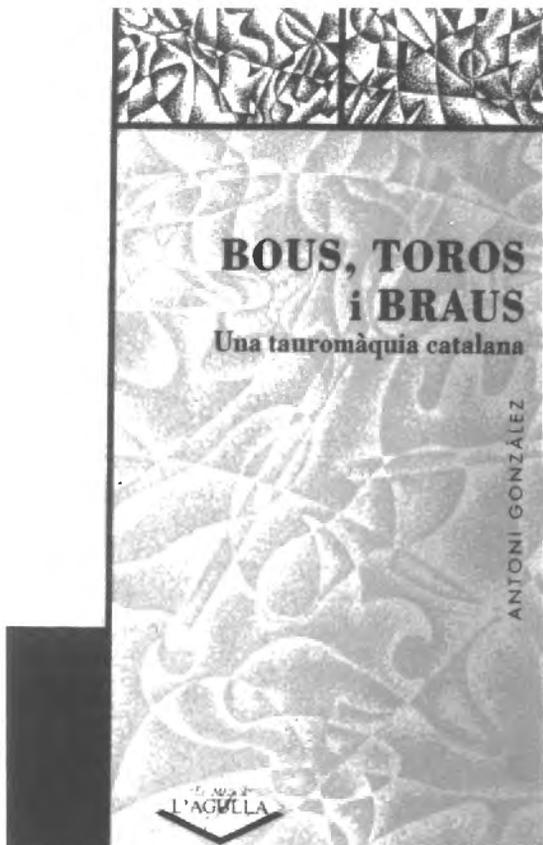


Fig. nº 47.— Portada del libro *Bous, toros i braus. Una tauromàquia catalana* (Apud.: González, 1996).

Para empezar a trazar los múltiples logros de este libro, obra del arquitecto y crítico taurino catalán Antoni González, es útil relacionarlos con las condiciones culturales y políticas que prevalecen en la Cataluña de hoy en día.

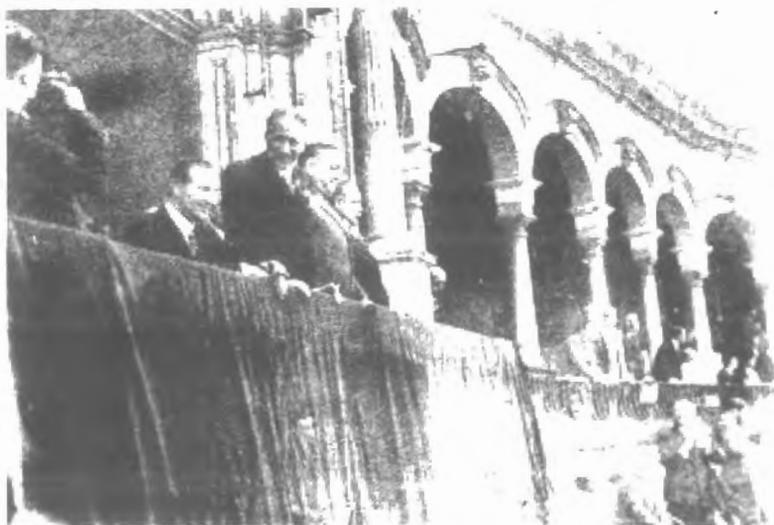


Fig. n.º 48.— *El presidente de Cataluña Lluís Companys, en el Balcón del Príncipe de la Plaza de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, durante la feria de abril de 1934 (Apud., González, 1996: 126).*

Porque, si a lo largo de dos centurias, desde las postrimerías del siglo XVIII hasta el último tramo de la década de los ochenta del presente siglo, se han venido celebrando sin mayor problema espectáculos mixtos de corridas de toros y *correbous*<sup>1</sup> en todo el territorio catalán, la interrupción de dicha tradición fue obligada institucionalmente, desde el ejecutivo autonómico catalán, al aprobar, el año 1989, una ley de

---

<sup>1</sup> Fiestas de toros realizadas en calles y plazas públicas.

protección de los animales que, a la postre, no tan sólo ha servido para limitar las corridas y demás fiestas populares con toros, sino que ha sido utilizada también como un perspicaz dispositivo de estigmatización de los taurófilos catalanes.



Fig. n.º 49.— *Encierro de Toros en el Grao d'Amposta*, fot. de J. J. Arbó (Apud.: González, 1996: 162).

Mal que les pese a muchos, probablemente es un anacronismo, y una veleidad también, que a finales del siglo XX se siga debatiendo la controversia toros sí, toros no. En este sentido, nada más lejos del perfil del buen taurino, y Antoni González lo es a carta cabal, que el ánimo polemizador, y, menos aún, el proselitismo sectario. Al fin y al cabo, lo de los toros es, desde el punto de vista del aficionado, como tantas otras cosas en la vida, a saber, cuestión de sensibilidades y éstas, ya se sabe, o se poseen o no hay nada que hacer. Por lo tanto, una cosa que, de estrada, el lector le debe

de agradecer al autor del presente libro es que haya renunciado a dar el tostón con fatuas polémicas.

Sin embargo, como he apuntado más arriba, las afrentas a los toros en Cataluña son un pelín diferentes a las del resto de España. Es cierto que también aquí, como allí, se dejan sentir las jeremiadas de los animalistas, pero no lo es menos aún que aquí los postulados antitaurinos obedecen a la manera ciertamente reduccionista de concebir la identidad cultural catalana. Por ello, la tarea del taurófilo catalán, y Antoni García se aplica a ella con tanto talento como entusiasmo y rigor, no es otra que la de salir al paso de quienes pretenden reescribir la historia cultural de los catalanes al dictado de presupuestos falsarios, como, por ejemplo, que la corrida de toros en Cataluña es *importada*, fruto de los flujos migratorios de la segunda mitad del presente siglo y, por ende, ajena a la (presunta) personalidad colectiva de los catalanes.

Como bien apunta Antoni González en el pórtico de su libro (pág. 16), la fiesta de los toros se han convertido en piedra de toque de dos visiones de Catalunya. Por un lado, la Catalunya real: compleja, sin afeites, sincrética, plural y hasta contradictoria incluso, que comparte, sin prejuicios, ciertas tradiciones con los pueblos vecinos. Por otro, la Catalunya soñada: uniforme, bienpensante, dócil, que no duda a la hora de extirpar las tradiciones que considera ilegítimas —las taurinas, en este caso— de algunas de sus comarcas, si con ello merece el ingreso en el paraíso de la modernidad y acentúa al tiempo sus distancias respecto a lo que es tenido como un símbolo de la España peor. Resulta ilustrativo al respecto, el siguiente episodio narrado por el autor. Dice así Antoni González: «Soy testimonio de que, cuando era alcalde de Vic aquel señor que

calificó a la ciudad de «*capital de la Catalunya catalana*», el archivo municipal ocultaba la documentación que prueba la vieja tradición taurina de la capital de la comarca de

Osonó, como si se tratara de un episodio de un pasado que era preciso olvidar» (pág. 18).



Fig. n.º 50.— Plaza de Toros Monumental de Barcelona (Apud.: González, 1996: 203).

Por todo lo hasta ahora dicho, el de Antoni González es un libro valiente, necesario y, a pesar de lo que pudiera desprenderse de esta recensión, sosegado y nada controversial, puesto que el autor se ha aplicado más, afortunadamente, a construir que a destruir. Pero es que, al mismo tiempo, el presente volumen constituye, en primer lugar, una tauromaquia, y una

tauromaquia catalana, o lo que es lo mismo, una suerte de tratado sobre el arte torear, hecho en Catalunya —doscientos años después de la publicación de la Tauromaquia de José Delgado, *Pepe-Hillo*—, y en catalán, lo cual posee, a mi juicio, un impagable valor lexical, por lo que supone de norma-

lización lingüística del catalán en el ámbito taurino. Así en la tercera parte del libro, la dedicada a los anexos documentales, incluye el autor un apéndice lexical que recoge un total de, ¡ahí es nada!, 958 vocablos catalanes y sus correspondientes equivalencias castellanas.

En segundo lugar, cabe decir del libro de Antoni González que constituye una auténtica historia de los toros en Cataluña, escrita como Borges decía que habían de escribirse los libros de historia, con precisión y pasión. La cuantiosa información contenida en sus páginas, así como el rico material gráfico que ilustra el volumen, hará las delicias, sin duda, del lector taurófilo, tan celoso, como es sabido, del dato histórico cabal. De cualquier modo, también resultará un texto útil y a la vez aguijoneador, creo yo, para el lector catalán desprejuiciado que, aun no siendo taurófilo, sabrá valorar el esfuerzo titánico realizado por el autor —diez años ha intervenido el señor Antoni González en la faena de sacar el libro a la luz pública— para rescatar del olvido y el ninguneo lo que no es sino una pieza más, aunque tan bella, del mosaico multicolor de la cultura catalana. Por último, no quisiera concluir estas líneas sin antes mencionar las pulcras y tan taurinas fotografías que acompañan el texto, obra de Cristina de la Cruz, esposa del autor e hija del decano de la crítica taurina catalana, el psiquiatra Mariano de la Cruz.

Carles Gómez Bárcena  
Periodista

